

causa de la ruidosa entrada de su parásito, del inverosímil y nunca bien ponderado Chinto, quien tropezaba con los muebles y se llegó hasta su cama canturreando:

“Costas las de Levante,

“Playas las de Lloret....”

III

—Qué importuno eres, hombre; calla la boca y déjame dormir! ¿Por qué demonios no preguntaste á los criados si podías entrar?

Chinto, con toda la mansedumbre que le era característica y que tan simpático hacía lo era á sus amigos ricos, interrumpió su canto y á tientas abandonó la estancia.

—Dispensa, hijo, dispensa; te aguardaré en la biblioteca.

Y conocedor de la topografía de la casa, como su mismo dueño, á la biblioteca se fué, una habitación lindísima con vistas al segundo patio, del que subían á perturbar la indefinida catalepsia de los libros,—muy

graves y sucios dentro de sus anaqueles,— acres olores de cuadra inquieta, rumor de caballos y tintineo de frenos y cadenas.

No obstante su incuria, el cuarto revelaba haber llenado su misión de gimnasio de ideas; como que el padre de Rafael, abogado de talla con sus ribetes de bibliófilo y literato, formó cuidadosamente la librería, encargando á Europa lo más notable de su tiempo y adquiriendo en México y sus provincias lo interesante ó raro que le caía en las manos. Después, sobrevino la eterna historia de los hombres y cosas; la lenta y desconsoladora decadencia de todo lo viejo que se abandona: destructores festines de polilla; complicados palacios arábigos de arañas; el sol, el polvo y la humedad señoreándose de muebles, cuadros, dorados, tafletes y títulos. Un desaparecimiento pausado, de gentilhomme incrédulo que prefiere morir sin los últimos auxilios á que éstos le sean allegados por manos villanas. Así cayó, primero, un estante de madera de rosa, de hondos relieves y cristales de una pieza, relleno con lo mejorcito de la colec-

ción. Un buen día ¡pum! el tumulto pos-trero, y vinieron abajo nombres consagrados de jurisconsultos, sabios y hasta santos; todos revueltos, sin los respetos é indife-rencias que ellos en esas mismas obras tenían predicados, sino ordinariamente, al capricho del derrumbe; las pastas de los librepensadores metidas en las portadas de los místicos; un desbarajuste lamentable.

Y el remedio fué peor que la enfermedad. Mientras un carpintero apuntalaba por dentro el apolillado cementerio de tanta inteli-gencia, Manuela acabó de rematarlos. Con plenos poderes del “niño Rafael” se encaró á los libros, y éste á la hacienda, aquí el otro, el grueso aquel al dormitorio de Nona, que no alcanzaba por su edad á las modera-das altitudes de su lavabo, la biblioteca entera la dispersaron en donde menos debieron de haberla dispersado. Al igual del estante de rosa, tronaron los demás, recargados con los volúmenes que iban quedándose sin sus primitivos alojamientos. Entonces sí que el carpintero hubo de darse prisa en fabricar entrepaños, soportes y

remiendos. Resultó un conjunto irregular y triste, á causa de la desatinada colocación de las obras y de la diversa coloración de los tableros, que patentizaban un desprecio por aquello, que cogía el alma.

También los cuadros se hallaban en las últimas, tanto en los marcos, desconchados y truncos, como en las telas polvosas y descoloridas. Hasta el orgullo de la familia, muy tieso y de muy mal talante dentro de su marco de media vara, había venido á menos. Ya no era lo que rezaba su biografía, dibujada en caracteres de imprenta en el ángulo inferior de la derecha; iba siendo, con el tropezar de los años implacables, una sombra del ayer, tan brillantemente representado, la verdadera imagen de las vanidades humanas, siempre deleznable y transitorias. Para darse cuenta aproximada de lo que había sido, necesitábanse plumero, paciencia y buena vista; entonces, cual un aparecido, resurgía el abuelo, el antecesor ilustre; un anciano en pie, de fisonomía dura, de peluca empolvada semi encubierta por el tricornio; afeitado el ros-

tro, dándole un aspecto intermedio entre obispo é histrión á pesar de la casaca bordada, de la chorrera de la camisa, del calzón corto y de los zapatos con aureas hebillas. Armaba su diestra un bastón de borlas, mientras con la izquierda oprimía el par de guantes. Notábase, sin embargo, en la mirada y en el general conjunto, aires de distinción, costumbre de mando y no sé qué de grandeza entristecida, al contemplar con sus ojos de viejo y de pintura borrosa, el lamentable fin de una raza, todo el estéril sacrificio de tanto progenitor que la dieron renombre, quién matando moros, quién gobernando en Nueva España, quién asando judaizantes en las hogueras purificadoras y santas de la inquisición. ¿Para qué servía el linajudo pasado? Para parar en la degenerescencia, en el aborto sociológico, un Rafael Bello, el último ejemplar masculino, el adiós del apellido sin ninguna de las virtudes de la progenie y maculado con los defectos y vicios atávicos. Y parecía que el enhiesto anciano se encolerizara, que protestara con su armada diestra, con el escudo

heráldico del ángulo izquierdo superior del cuadro: cuatro cuarteles correspondiendo á los cuatro apellidos de la familia, rematados por un casco de plumero y de visera calada; el escudo entero, sobre una gran cruz de Santiago, parecía protestar especialmente con el cuartel primero, el principal: sobre campo azul, una cruz y una corona guardadas por un caballero armado de punta en blanco, y sobre campo esmeralda, la honrosa y bárbara leyenda:

“En defensa de su Dios

“Y en defensa de su Rey

“Los Bello pueden dar ley.”

Y protestaba también con sus apuntes biográficos, los del ángulo inferior de la derecha del cuadro enorme; los pintados en caracteres de imprenta, anticuados, con deplorable ortografía y que atestiguaban:

—“Don Sebastián Bello y Cruces, de la Torre y del Pinar; natural de las montañas de Asturias; Caballero del Orden de Santiago; Alcalde Ordinario y Procurador General de la Ciudad de Oviedo, su Patria. Alcalde Ordinario, Cónsul y Prior del

“Real Tribunal del Consulado y Comandante del Regimiento de Infantería Española del Comercio de esta Corte de Méjico. Después de haber servido los Empleos de Teniente y Capitán del mismo Cuerpo.”

Lo que el buen señor ignoraba, y que á saberlo lo habría muerto una segunda vez, era que su permanencia en la biblioteca debíase á una casualidad y no á sus veneras y campanillas, pues con ellas y todo, corrió el riesgo de ser enrollado y conducido á la hacienda para servir de mampara en una de las habitaciones. Pero la Nona, que de más pequeña tenía un miedo cervical, opúsose á ello y por eso se quedó donde siempre estuvo, prestando su muda compañía á los libros que jamás se abrían; escuchando las imbecilidades de los amigos de Rafael cuando con éste jugaban al *poker* en la estancia; hasta siendo el objeto de alguna burla insubstancial de los concurrentes.

Chinto, nó, al contrario; sentía re-peto por el desaparecido aquél, á quien contemplaba horas y horas en mudo recogimiento, idéntico al que en lo antiguo han de haber

experimentado los lacayos por su amo. Lejos de burlarse de él, defendíalo con positivo tesón y aún aseguraba descubrir en Rafael y la Nona marcados rasgos de parecido.

En esta su acostumbrada contemplación se hallaba, cuando le habló un criado desde la puerta:

—El señor lo espera á Ud. en el comedor.

Era el comedor, á semejanza de la biblioteca y de la casa toda, amplia, alegre y ventilada habitación; con anchos cristaleros empotrados en los muros, sirviendo de cárcel á la arcaica y legítima vajilla chinesca, á los dos servicios de cristal y á la argentería grabada con el ennoblecido monograma de la estirpe. Había, además, dos aparadores de roble macizo, atestados de trastos; unas rinconeras, y suspendidos en las paredes, hasta media docena de cuadros antiguos, bodegones firmados, que en su tiempo representaron subido precio. De muebles modernos mirábanse la mesa, de extensión; los trinchadores, con cubierta de mármol blanco, y la gran lámpara pendiente del techo, una

preciosidad de mayólica y bronce. En el fondo, dos vidrieras ojivales de colores, despedían caprichosas claridades de luz, y en medio de ellas, una populosa pajarera, imitando gótico frontis de basílica, suministraba orquesta gratuita desde que Dios echaba su luz hasta el atardecer, en que Manuela corría sobre ella un cortinón de sarga.

Al asomar Chinto la cabeza, encontróse con Rafael instalado ya en un extremo de la mesa, frente al clásico chocolate, un vaso de leche y una fuente de bizcochos. El camarero, tieso detrás de su amo, y Manuela entregada á la limpieza de la tropa de cantores alados, inquietos y bulliciosos, gorgojeando un concertante matutino de su invención; tan revueltas las notas como los artistas, en confusión encantadora de armonías, vientos y gotas de agua que temblaban en los picos de los canarios, en los alambres y trapecios de la jaula dorada por el sol, del lado de afuera. Las dos ventanas, abiertas de par en par, permitían columbrar un amontonado é irregular horizonte de techos,

cúpulas, chimeneas y torres; y á gran distancia, una media copa de árbol que manchaba artísticamente el conjunto.

—Siéntate y pide lo que apetezcas,—le dijo Rafael afectuoso.

Pidió Chinto un desayuno completo y mientras lo engullía, fué la charla de los dos amigos huera y desmañada, para no enterar de sus asuntos á la servidumbre. Terminados los chocolates, se encaminaron al dormitorio; Rafael declaró á su ayuda de cámara no necesitarlo, asentó su navaja de barba, la blandió después de enjabonarse la cara y ya delante de su espejito triple, exclamó con fingida dejadez:

—¿Qué sucedió anoche? ¿estuviste en la casa de Amparo?

—Pues verás,—le repuso Chinto arrellanándose en una butaca,—luego de librada mi campaña en el Club, la que por cierto me salió atroz, perdí dieciocho pesos, calculé que tú no volverías de la hacienda y quise ir en persona á ver cómo andaban los ánimos. Llegué á la casa y la misma Amparo salió á abrir, muy de trapillo, muy....

—Adelante, hombre, adelante, ¿qué más? —lo interrumpió Rafael molesto y hundiendo la brocha en la jabonadura.

—Primero,—reanudó Chinto con imperturbable calma,—la conocí sus ganas de hacerse la desentendida y fría, no mencionándote. Que tenía jaqueca; que *Bob* continuaba ladrando ronco; que no había dado lección de piano y que si sabía yo quién compraría sus muebles, porque iba á marcharse á España en el vapor próximo, el del 12....

—¿Sí, eh? ¿se fastidió México!—dijo Rafael con una mueca para no cortarse con la navaja.

—Por supuesto que yo,—siguió Chinto,—simulé creerla, hasta que se cansó y estallando me dice: “¿Y ése todavía está en la hacienda?” Claro, ¿dónde ha de estar? “Conmigo, con su Amparo, como él me llama.... Que venga y me mate pero que no me abandone.... ruéguele Ud. Chinto; dígame que si no, por estas,—y se besó las manos enclavijadas, habilitándolas de cruces sin duda,—por estas que me mato....”

—Que reviente!—saltó Rafael espolvoreándose el rostro. ¿Quién la manda engañarme con canallas iguales á ella? Te juro, Chinto, que si en vez de un picador se trata de otro hombre cualquiera, voy y tengo un disgusto con él.... pero, ¿cómo armarle bronca al caballero....? ¿cómo dices que se llama? Sólo de vista lo conozco.

—“El Pulpo.” Nadie lo conoce por otro nombre.

—Pues eso es, con el señor don Pulpo... calcula la plancha.

Y continuó por ahí, excitándose conforme avanzaba, conforme reconstruía la casi flagrante y brutal infidelidad de su querida. No obstante su empeño en ocultar la ira, los dolores de la herida abierta en su vanidad de rico buen mozo y en su vanidad de calavera, traicionábase á sí propio, dejaba al descubierto las raíces hondas del mal; el potente dominio que la mujer ejerce en las pasiones únicamente carnales; dominio curable apenas con el tiempo y la ausencia y que á la larga aún, en recuerdo convertido, es recuerdo y es sensación que atormenta,

que agrava las nostalgias internas por la carne que aunque manche se adora; que resucita su morbidez y su perfume, y por no tenerla más, extrañanse los pasados rigores, los excesivos celos. Todo lo que nos hace vivir padeciendo, agravábase en Rafael por lo reciente de su quiebra; conservaba frescos y palpitantes los menores ademanes, los hechizos escondidos de su española. No hallaba consuelo desde la ruptura; veíala, la oía, la deseaba; mas la afrenta reciente triunfaba al pronto, dábale fortaleza y ánimos para no caer de nuevo, para no volar al nido de su Amparo y con frenético é impuro abrazo, borrar el sucedido y aturdir á la memoria, suponiendo, infantilmente, que ninguna mujer es infiel, ni amor ninguno acaba, ni ninguna dicha es fantasma, ni ninguna pasión es martirio.

En las noches, sobre todo, y á no mediar cual la víspera una completa evocación de su matrimonio y su viudez, Rafael reflexionaba en que su cariño hacia Amparo se concluía, como concluye todo,—nosotros inclusive;—en que al cabo de tantos años

gastados con ella, era fuerza que el hastío hubiese ido también acomodándose en el mutuo amor, enmoheciéndolo y descubriéndole sus naturales arrugas y lunares. Ya se conocían sus defectos, los del uno y los de la otra; ya se los echaban en cara cuando los altercados y tormentas, y claro, el pobre amor principiaba á huir de ellos, á tornarse huraño y de pocos amigos; principiaba á guardar por inútiles y menospreciadas sus armas sin filo ya, los besos quemantes que destrozan labios y acarician almas; los juramentos susurrados muy de cerca, con las manos trémulas, los ojos en los ojos, y los alientos en triunfal enlace. Cuando sin preocupaciones poníanse entrambos á contemplar su amor enfermo, á comparar épocas, tenían que convenir en que el tal iba á la muerte que volaba. De ahí, entonces, las furiosas lascivias recíprocas, comunes á toda pasión que agoniza sin deseos de morir, poseyendo aún torrentes de apasionada ternura que de buen grado otorgaría si la indultaran. Mas como los amantes, cansados ya, muéstranse insensibles, el amor se

muere abandonado y triste, con desconsoladora y muda desesperación de niño. Lo extraño es que primero muera siempre en uno de los dos, mientras el otro continúa abrazado á su espectro,—á semejanza de los que contemplan embelesados los resplandores maravillosos de algún astro muerto hace siglos y se ríen de esa muerte que no les estorba seguir en la contemplación de los celestes destellos, los que les llegan y les llegan, vencedores del tiempo, de la distancia y de la muerte misma.

Así el amor, para quien dentro lo lleva, vive después de haber muerto en el que supo inspirarlo; y aunque nos aseguren que llevamos un cadáver, ese cadáver nos basta para que la realidad no nos torture ni el ensueño se desvanezca. En este caso, era la verdad que Amparo, infiel y todo, amaba á Rafael, en tanto que él sólo se figuraba amarla todavía, por más que en el fondo ni miasmas le quedaran de afecto. Y seguramente que si á Amparo no se le atraviesa el pasajero y bestial capricho por su compatriota el picador, Rafael rompe relaciones,

le da á ella su pasaporte en dinero y el enredo se termina. Pero el engaño surtió, ni más ni menos que si Amparo, convertida de súbito en profunda conocedora del corazón humano, hubiera engañado adrede para atraerse al fugitivo prófugo. Ardía Rafael en rabia y despechos, y la misma hembra que poco há le causaba incipientes ascos y cansancios, ahora lo seducía, cual si la falta le diese picante sabor á su pecadora carne, ya de suyo sabrosa.

De tal suerte, que anhelaba muy en sus adentros, propicia coyuntura de hacer las amistades decorosamente, sin que apareciera su ansia; antes simulando nobleza de sentimientos. Y Chinto, que se lo sabía al palmo; que le conocía vanidades y flaquezas; que lo conducía por la nariz, propúsosele al cabo de un rato de silencio:

—Yo que tú, tendría una explicación con ella, la última si lo que buscas es acabar, y luego, á separarse tocan; cada cual por su lado y bendito de Dios.

—¿Yo? tener yo una explicación con esa...?—exclamó Rafael, dando embestidas

á la abertura de la camisa, por la que al fin asomó la cabeza,—ni te lo imagines; yo no me rebajo.

—Pero hombre, ¿qué rebajo ni qué niño muerto! Si tú la quieres y ella te quiere también ¿por qué demonio se la han de pasar en pleito continuo? Anda y mírala, pon tus condiciones. ¿Qué no las acepta...? —pues ahí lo dejas; ¿qué sí...? pues siguen tan contentos. ¿Qué opinas?

—Que no y que no. ¿Crees que es tan fácil olvidar su porquería?...—Y cual si repitiéndola cobrara Rafael resistencias, mientras concluía de vestirse se la repitió á Chinto. La sorpresa inesperada, cuando Amparo lo suponía en el campo; el delicioso cuadro con que lo recibieron en el comedorcito de la casa que él pagaba: Amparo y el “Pulpo” de sobremesa, contentísimos, medio beodos, apurando sendas cañas de manzanilla; sin chaqueta el “Pulpo,” cantando peteneras en una guitarra, y la otra, bailando, batiendo palmas, con ondulaciones de culebra en brama. En seguida, el susto del picador y el cinismo de Amparo que inventó

lo del parentesco entre ambos; que siguió tuteándolo y hasta lo ayudó á ponerse la chaqueta: "Anda, gachó, saluda á mi cielo y vuelve á visitarnos. Hala." Y la cómica retirada del "Pulpo," entorpecido por la manzanilla y por el sofocón, su guitarra á cuestas, el hongo en la mano libre, sus reverencias, sus tartamudeos.... Por último, el candor de Rafael, su embrutecimiento por Amparo haciéndole creer farsa tamaña; haciéndolo dormir con ella, y encontrarse á la mañana siguiente en las mismísimas sábanas un amuleto gitano, de los que sólo usan los toreros para salir con bien de la lidia. ¿Qué valían, pues, las protestas de Amparo ante tan irrefragable prueba?

Chinto abandonó el terreno, seguro de que Rafael volvería á la carga.

—¿Irás mañana á visitar á la Nona, es jueves?

—Por supuesto que iré... En fin, Chinto, si puedes lograr que Amparo me busque esta noche, te lo agradeceré. ¿Lo crees prudente? Le diré cuántas son cinco.

Chinto sonrió, alargó un bastón á Ra-

fael que ya estaba vestido, y se marcharon á la calle; Rafael á ver á su apoderado, Chinto á ver el secreto de su vida, el único lado noble que lo adornaba, justificándolo ante sí mismo de su degradante papel de parásito de ricos.

Empezaba Chinto por no ser originario de la ciudad de México sino del Estado fronterizo de Coahuila, en donde su padre fué por muchos años honrado administrador de un mineral. Creció Jacinto en medio de serranías y de barreteros, con lo que se ganó una envidiable robustez y una ignorancia de carpa; hasta que su padre juzgó oportuno que el chico viniese á estudiar á la metrópoli, recomendado á un antiguo amigo de la familia, notario de profesión. Jacinto, poco asustadizo y de inteligencia despejada, en un santiamén se hizo de confianza con la ciudad, por la que vagaba á su antojo; que es de justicia consignar lo poco que el notario se curó de él. Se limitó á instalarlo en una modestísima casa de huéspedes del Chapitel de Monserrate,—pues la mesada no daba para lujos,—y á recomen-

darle mucha aplicación y puntual asistencia á sus clases. Con esto y con invitarlo á comer una vez que otra, dió por concienzudamente cumplida su misión.

¡Lo que le importó á Jacinto! Sus veinte durillos mensuales; sus rollizos dieciséis años y su natural simpático, riéronse de notarios, universidades y vigilancias. El primer año preparatorio marchó á maravilla, con buena calificación en el examen y encantadoras vacaciones en la falda de la Sierra Mojada, al lado de su viejo, al lado de los antiguos camaradas, todos los operarios del mineral, desalmados, francotes, salvajes; que se asustaban de los progresos del "niño," quien, entre cuento y cuento acerca de la Capital, soltábales conceptos cabalísticos: "Si ustedes trataran á las señoritas ecuaciones" ó "¿á qué no me explican el binomio de Newton?"

A los cinco años de turbulento vivir, con más *R.R.* que *P.B., P.B.* en sus asignaturas, pisó Jacinto los umbrales de la Escuela de Medicina. Pero á cambio de las *R.R.*, habría podido dar treinta y raya hasta al más

entendido auriga respecto á la topografía de la ciudad, que él se sabía al dedillo con una ventaja estadística: conocer sus más apartados rincones, conociendo también las producciones de éste, sus especialidades, vecinos, fondas, cantinas, muchachas bonitas, focos eléctricos, picos de gas ó faroles de aceite, según; tranvías y demás circunstancias. Á fuerza de recorrer al monstruo durante seis años, aprendiósele de memoria, mucho mejor que el más fácil de sus textos.

Y en las correrías éstas fué cuando conoció á Piedad Villa, guapa chica más próxima de los veinte que de los quince años; de cuerpo erguido, estatura media, bien acentuadas las caderas, y sin exageraciones, levantada de pecho; limpia que daba gusto verla; muy arreglada de ropa; mujer de su casa, con unas manos que hacían primores; morena de color y con unos ojazos, una boquita y un salero, que la vecindad entera se desvivía por ella. Huérfana de padres, vivía con su abuela, una anciana de anteojos leyendo novelas de periódicos, fumando cigarrillos del "Antiguo Estanco," idola-

trando á su nieta y casi inmóvil en un sillón su contemporáneo, á causa de un maldecido reuma. La vivienda que ocupaban en un caserón de la calle de la Amargura era reducidísima; la formaban, un trozo de corredor con ladrillos movedizos y desvenijada puerta de madera; una salita con balcón á la calle; dormitorio, comedor, cocina y azotehuela. Mas eso sí, qué rojos los pisos, qué visillos tejidos de gancho en las vidrieras, qué relucir de muebles, qué florear de macetas y trepadoras; sobre todo, qué colección de palomas en la azotehuela anidadas dentro de cajas de vino, pero reinas de la casa, de las demás viviendas, de los patios, corredores y canales. Eran el querer de la muchacha, su pasatiempo favorito; llamábalas dos veces al día,—levantado el delantal por las puntas para no regar el maíz,—con unos chasquidos de la lengua contra el paladar, imposibles de ser transcritos y que ellas entendían divinamente. Se las veía acudir al reclamo, en bandadas y por parejas; detenerse en cornizas, gárgolas y barandales á currucuequear un ins-

tante, doblado el cuello, la pluma esponjada, para abatirse por último, sobre su ama, que las esperaba sonriente, que les decía nombres diversos, que les ocultaba el grano y permitía que se le amontonaran en los brazos, por los pliegues del vestido; aleteando para no caer, en los hombros, en la cabeza misma, mientras las que no alcanzaban sitio conformábanse con revolotear á su alrededor, riñendo entre sí. Y resultaba un delicioso cuadro de vuelos, caídas y gritos; la belleza de Piedad envuelta en primoroso marco de mil colores, de alas extendidas y de plumas suspensas en el aire. Aún en sus labios, Piedad les brindaba el sustento codiciado, hasta que algún arañazo ponía la seria, sin risas, arrojaba la semilla al suelo, se sacudía de las más tercas y libre al fin, en jarras los brazos, presidía al banquete:

—¡Oye, Copetón, tunante, deja comer á la Polaca!....

Los vecinos más cercanos, que escuchaban el tumulto; los alejados, que veían pasar á las palomas; la abuela, que interrumpía su lectura; los granujas del patio,

que suspendían sus truhanerías, creo que hasta el caserón, con ser de piedra, todos sonreían, alegrándose al pensar:

—Ya está Piedad dando de comer á sus palomas.

Las tales, habían sido causa de contraer amistades y de sufrir disgustos, conforme andaban de humor los dueños de las viviendas frecuentadas por ellas. Y la vez que el gato de un remendón, inquilino del patio segundo, se engulló á la India, los propios granujas diéronle despiadada muerte.

Chinto fué á habitar la casa, por vivir en ella también un condiscípulo suyo tan endiantrado como él, á quien la portera tituló "dotor" desde el primer día, gracias á una calavera y á unas tibias que colocó tras de los vidrios de su ventana, convirtiendo así en inviolable á su domicilio; ni quien aventurara las narices, no digamos dentro de la habitación, de par en par abierta á todas horas, ni en el corredor siquiera. No bien conocieron á Piedad y se enteraron de su inocente pasión por sus palomas, la bautizaron de "Virgen de la

Paloma," nombre que á poco tiempo era familiar al resto de los vecinos, Piedad inclusive, á la que sin duda no desagradó, pues se reía á solas cuando muy de mañana y peinándose frente á su espejo, oía á los estudiantes cantar á voces, en tanto que en mangas de camisa sacaban lustre á sus zapatos:

"Por ser la Virgen de la Paloma

Un mantón de la China-na, China-na..."

Y la cosa se inició en broma. Chinto y su compañero, mediante burlesco pacto, propusieronse enamorar á Piedad, cada cual por su cuenta y sin perfidias ni luchas de mala ley; de antemano convenidos en que el desdeñado no perturbaría la ventura del triunfador, sino que se concretaría á envidiar á éste, y tan amigos como antes.

—Salvo que los dos seamos derrotados,— se dijeron,—en el cual caso y de pura cólera haremos responsable al casero y nos mudaremos sin pagarle la renta.

Las hostilidades se rompieron, y en sus comienzos pareció que siempre el casero sería la víctima, pues Piedad, á pesar de su

candor y de su carácter alegre, no daba entrada á ninguno de los dos sitiadores. Saludábalos, sí,—tal es la costumbre en las casas de vecindad,—mas sin pasar de un: “buenos días,” cuando en la escalera se encontraban, ó de un: “estoy bien, muchas gracias,” cuando alguno de ellos la sorprendía en el arreglo de sus macetas. A punto de prescindir de la conquista, una tarde en que Chinto, por excepción estudiaba solo en su cuarto, Piedad, acongojadísima, salió á los corredores encareciendo un mandado á la criada:

—Corre, por Dios, no te tardes; el que da las consultas en la botica!

—¿Le ocurre á Ud. algo, señorita?—le preguntó Chinto asomado á su puerta,—aquí estoy yo para servirla.

En su aturdimiento recordó Piedad que Chinto y su compañero estudiaban medicina y podrían auxiliarla; hizo á un lado los galanteos y desolada exclamó:

—Ay, sí señor! Mi abuelita se ha dado un golpe.

Chinto no necesitó más para colarse en

casa de Piedad y ayudarla á acostar en su cama á la señora, caída por un paso en falso. En el acto reconoció á la anciana que se quejaba sin descanso; tocó en distintos puntos el brazo adolorido, y como el daño estuviese manifiesto, declaró desde luego:

—Creo que hay fractura.

—¿Cree Ud. que hay qué...?—inquirió Piedad, más asustada todavía de no entender el término.

—Nada de cuidado, no se alarme Ud.; pero para la primera cura es preciso que aguardemos al médico; á los estudiantes nos han prohibido adelantarnos el título.

El doctor titulado llegó á poco, un galeno de barrio pobre, sin reloj de oro ni ínfulas, joven aun, de aspecto inteligente. Ratificó el diagnóstico de Chinto; en efecto, había fractura, y doble, en el cúbito y en el radio, por lo que procedió á intentar la soldadura, ayudado del estudiante y de Piedad, que se bebía las lágrimas al observar los sufrimientos de su abuelita. Después de la operación, Chinto interrogó al doctor: ¿había peligro?.....

—¡No había de haberlo! ¿Ignoraba acaso que un golpe en viejo, es por lo común mortal?

Chinto, prudentemente, no comunicó el pronóstico; limitóse á ofrecer sus servicios, de buena fe, interesado á lo formal por la chica; nada de cumplimientos, con toda confianza y para lo que fuese útil, á cualquier hora.

—Me manda Ud. despertar con su criada, y listos; ¿lo hará Ud.?

Al par avanzaron la enfermedad de la anciana y la mutua simpatía de Piedad y Jacinto, dueño absoluto del terreno después de una explicación semi-agria con su compañero que se resistía á cumplir el pacto.

—No te imagines, viejo, puede que hasta me case.

En la vivienda de Piedad, abuela y nieta estábanle muy gratas á Chinto, sobre que él se dió más mañas que dentista callejero, á fin de ganárselas. Colmábalas de pequeños servicios y adulatora verba; prestábase á todo, lo mismo á ir en busca de los medicamentos que á dar de comer á las palomas.

Y distraía á las dos mujeres con su sempiterno buen humor, narrándoles mil chispeantes embustes que achacaba á la escuela, á su pueblo, á cuanto hay. Un domingo, las hizo reír hasta el llanto, presentándose revestido con tohallas y una sobrecama, á decirles misa en el lavabo del dormitorio.

Con la perspicacia inherente á su sexo, pronto se convenció Piedad de que no era para el estudiante un tercio de paja, y como á ella érale él un poquillo más que simpático, lo quiso insensible y sanamente, de la manera franca con que ejecutaba sus actos todos. No medió entre ellos declaración igual ó semejante á las demás declaraciones, sino que una de tantas mañanas, al detenerse Chinto á tomar informes de la enferma, antes de marcharse á su clase en el hospital, le dijo á Piedad:

—Virgen, buenos días ¿y su mamá de Ud.?

—Mejor, gracias, pero no vuelva usted á llamarme así, porque es un desacato.

—¡Desacato, si para mí es usted tan virgen como las vírgenes del cielo! ¡Si á veces, de verla tan buena y tan linda,

éntranme ganas de arrodillarme delante de usted!

—Jesús, Chinto, no sea usted loco ni diga disparates—repuso Piedad, muy colorada.

—Si se disgusta usted, me volveré mudo.

—No, disgustarme precisamente, no, pero....

—¿Pero qué? Quiera usted ó no quiera, virgen es y con palomas por añadidura; de modo que seguiré llamándola Virgen á secas, porque Virgen de la Paloma resulta largo. ¿Conformes?

—Sí, así pase—contestó Piedad, vencida. Y se inclinó por sobre el barandal á verlo bajar.

En la última meseta alzó Chinto la cabeza, y autorizado ya, exclamó poniendo la mano en forma de bocina:

—Pst, Virgen, pst, ¿si yo me enloqueciera por usted, me curaría?....

Piedad, encogiése de hombros en tanto que sus ojos contestaban que "sí"

Y eso fué todo.

La abuelita empeoraba; sobrevinieron con la fiebre una porción de accidentes á

cual más grave, dada la edad de la señora, y el médico encargó á Chinto que previniera á la nieta. Mostróse Piedad á la altura de las circunstancias; no se entregó á gritos ni aspavientos; lloró, sí, mas fueron lágrimas de mujer honrada y fuerte, silenciosas, con hondos sollozos sofocados para que la anciana no se enterara, encerrándose en la azotehuela, sin otros testigos que las palomas, muy quejumbrosas por el involuntario descuido de su dueña, y el pedazo de cielo, muy lejano y muy azul, que desde el cuadrado de la propia azotehuela podía divisarse.

Incomprensibles problemas veníansele encima y Piedad, lejos de amedrentarse, los enfrentaba resuelta. Mucho la consolaba, para acostumbrarse á la idea del desamparo próximo, la vaga promesa de Chinto cuando ella se lamentó con él.

—Voy á quedarme sola en el mundo.

—Quién lo sabe, Virgen, de usted depende!—Y ese "quién lo sabe" antojábasele una formal promesa de ayuda. La ganó tal confianza, que muchas noches, tarde ya,

cuando la luna blanqueaba el sucio y abigarrado patio de la vecindad y en el agua inquieta de la fuente parecía su luz un espejo hecho pedazos que trataran en balde de reunirse nuevamente por sí solos, salíanse ellos al corredor, mientras la abuela reposaba, y en desmayada voz esbozaban melancólicos proyectos para su incierto futuro, invadidos por no sé qué sentimientos negros; hasta que Chinto la cogía una mano y se la besaba quedito, muy quedito, en complicidad con la luna misma, que por iluminar pálidamente enredaderas y macetas, descuidaba alumbrar de lleno á la juvenil pareja; en complicidad con el silencioso barrio y con la dormida casa, de la que sólo partían á horas tan avanzadas, un ronquido que otro, algún amortiguado llanto de niño, y la constante balada monorrítmica del chorro de la fuente, que como un himno purísimo de la miseria marchábase á contar, Dios sabe á dónde, todas las amarguras y los dolores todos que encerraba el caserón aquel, populoso y lamentable....

Rápido y triste fué el idilio de los dos

enamorados, porque la señora moríase á gran prisa, aunque con el valor que de ordinario demuestran las mujeres en el temido trance. Entablóse entre ella y su nieta una especie de lucha; ¿á ver quién fingía más, si la abuela con su tranquilidad aparente ó la nieta con su ficticia valentía? En ocasiones el corazón triunfaba, y al chocar las manos de ambas, á causa del alimento ó de una droga, droga ó alimento pasaban á la mesa de noche y la anciana atraía á la joven, poco á poco, mirándola muy adentro, como si muy adentro quisiera inscribirle, grabarle para siempre sus postimeros consejos y recomendaciones, y la besaba en la frente con su pobre y vieja boca desdentada y llena de arrugas, inservible ya, no digamos para el beso, hasta para murmurar inteligiblemente las oraciones.

Los sucesos precipitáronse de súbito; vinieron al fin los sacramentos y la muerte, pretextos unos y otra para saciar apenas la morbosa y bestial curiosidad de los vecinos, que presenciaron aquéllos y casi profanaron ésta con sus comentarios y acercamientos

al mismísimo lecho mortuorio. La tarde del entierro, al regresar Chinto, su condiscípulo y otros acompañantes cualesquiera, Piedad salió al encuentro de los primeros, á pesar de que en la vivienda se hallaban las chicas de al lado, hijas de un empleado en las Contribuciones; una viuda, propietaria del estanquillo de abajo; algunas mujeres de rebozo, moradoras del segundo patio; y la casera que entraba y salía á cada minuto. Entrególe Chinto la diminuta llave del ataúd y al recibirla Piedad, le preguntó conmovida:

—¿Chinto, qué hago? ¿qué será de mí?..

—Por lo pronto, Virgen, dormir esta noche en nuestro cuarto, acompañada de su criada; este y yo,—(*por su amigo*)— trasladaremos aquí nuestros catres y mañana,.... pues mañana hablaremos.

¡Qué habían de hablar si se lo tenían hablado todo! Aconteció lo que era lógico que aconteciera, lo que invariablemente acontece cuando dos juventudes se encuentran solas é irresponsables, que apaciguado el dolor, un buen día despertó Piedad en

los brazos de Jacinto, olvidados del cura y del registro civil, mordiendo abrazados la eterna y pecaminosa manzana, el agri-dulce fruto con que nos brinda la vida para que la comprendamos y le perdonemos sus despiadadas crueldades y sus necesarias injusticias.

¡El escándalo que esto ocasionó en la vecindad! Fué el tema de las conversaciones, especialmente en las personas honestas, morales, de buen vivir y buena conciencia. Persignábanse horrorizadas, ¡qué atrocidad y qué mundo! Una muchacha que parecía tan seria, tan pura....; en un suspiro le ajustaron cuentas, preguntando unos, contestando otros, pero condenando todos. ¿Acaso Piedad no tenía parientes? Y resultó que sí los tenía; lejanos, domiciliados en algún rincón de la República, que nunca la vieron ni la entendieron. ¿Acaso quedaba sin recursos? No señor, ¡qué desatino! quedábanle los muebles, unos muebles que valdrían reunidos cuarenta ó cincuenta pesos á tira que tira.... quedábale además uno muy grande: gestionar que el exiguo

montepío de que disfrutaba la abuela, en arranque inesperado de altruísmo, el Gobierno lo transmitiese á la nieta heredera.

¡Pobre "Virgen de la Paloma," tan estúpidamente condenada sin merecerlo! Sin duda sus jueces ignoraban ó no querían saberlo que había tenido, en cambio, para precipitar su falta, la cuenta de la empresa funeraria y la del casero; una soledad y un desamparo infinitos, sin nadie que le tendiese la mano, ni esas mismas gentes que la censuraban; y que por encima de todo, había tenido en su contra, sus diecinueve años; su corazón, herido con igual saña por el amor y por la muerte; y á unos cuantos pasos, un muchacho apuesto, ardoroso, que le abría los brazos y juraba quererla, darle la dicha, ser su esclavo y su protector, el amante y el hombre!

Tuvieron, sin embargo, que apelar á la huida, porque la situación no era para tolerada. La miraban mal, negábanle saludos y atenciones, la humillaban en lo que podían. Determinaron mudarse á una casa en donde no los conocieran, y una tarde,

un carro llegó por los muebles y un simón por sus dueños. Buscó Piedad á sus palomas, abandonadas en la catástrofe, pero las palomas habían buscado nuevo abrigo, sitios nuevos en qué comer y guarecerse. La poética leyenda había concluído; Piedad salió vergonzantemente, á hurtadillas, recatándose de los vecinos que contemplaban aquella especie de fuga, desde sus puertas, ventanas y corredores.

Sólo los granujas del patio, la despidieron con cariño y le formaron una doble valla de suciedades, desnudeces, pies desealzos, almas blancas y cabellos negros.

Y la que en un tiempo fué "Virgen de la Paloma" abandonó la casa, la enorme casa populosa y lamentable, sin virginidad y sin palomas; la virginidad, perdida para siempre; las palomas, voladas, como sus ilusiones de niña, en pos de otros aleros y de otro sol...

Dos cosas siguieron á este principio de descenso: un enfriamiento de Chinto y un parto de Piedad, igualmente naturales uno que otro; el parto, por la reunión de los sexos, y el enfriamiento, porque es humana

regla que nos enfriemos con la mujer caída, cuando nosotros mismos la hemos hecho caer.

Colgó Chinto los hábitos de colegial y de amante y con inesperada ternura vistió los de padre. Renunció al suyo, á la mesada y á los estudios, á todo, menos á su hijita que iba creciendo en años y atractivos y á la que él idolatraba con ciega locura. Como con la holganza asomaron las escaseces, en pugna descomunal con su afán de rodear á la chiquilla de cuanto pudiera apetecer, y aún de más, no teniendo nada que sacrificar, sacrificó la dignidad y convirtiéndose en el parásito tenaz de sus amigos y condiscípulos ricos. A nadie confiaba lo de su paternidad ni lo de su barraganía; la primera por ser su tesoro; la segunda por ser su vergüenza, y con las dos á cuestras vivió una vida de perpetua comedia, siendo comensal agradabilísimo, parrandero incansable, bebedor de fuerza y mercurio indirecto de sus protectores. Pero los quince ó veinte duros diarios,—que si se los negaba el naípe, de buen grado se los suplía cualquier ganan-

cioso,—iban en su mayor parte á satisfacer gustos, exigencias y caprichos de la pequeñuela, á quien jamás exhibía, como tampoco exhibía á Piedad, con la que mantuvo, mientras no la repudió, relaciones casi fraternales; no sucediendo lo propio con su hija, á la que conservaba en las rodillas durante sus fugaces encierros y á la que contemplaba dormida horas y horas, en estática y muda adoración.

Si las necesidades de su carrera,—que á este rango había elevado su parasitismo,—lo obligaban á trasnochar en casas mal afamadas ó en cenas orgiásticas, desaparecía de ellas en el instante menos pensado y arrancaba á correr hacia la morada de su hija, sin preocuparse de los contactos impuros, de las prácticas inmorales ni de los chistes obscenos; en las esquinas, cerciorábase de que no era perseguido, apretaba el paso, y diríase que la sola evocación de su ángel operaba el milagro de asearle cuerpo y espíritu, que en los ángulos más negros del barrio galante arrojara lo impuro, lo inmoral, lo obsceno, para llegar trémulo de

inmaculada pasión hasta la cuna de su hija y besarle su boquita entreabierta, color de granada, que reía á las visiones celestes que pueblan regocijadas los sueños de la infancia.

Y allí tornábase en terrible, en otro muy distinto, en el hombre-fiera resuelto á defender á lo que adora. Habría matado al que intentara, no ya robarle á su ídolo, siquiera macularlo. Ante su conocimiento experimental del mundo, desfallecía; anhelaba respirar toda una eternidad ó adjudicarse una existencia póstuma que le permitiese amparar á su vástago con la triple coraza de sus experiencias, de su cariño inmenso y de su fuerza masculina.

¡Cosa extraordinaria! No se daba ascos ni se inspiraba desprecios; considerábase muy abajo, mucho, mas como al levantar la vista miraba muy alto, mucho también, á una estrella suya, por él engendada, le sobraba con eso, con que el astro despidiese ignorante sus destellos purísimos, aunque él se enlodara llevándola así, con sus brazos levantados, por las alturas y el ideal.

—Soy un *Rigoletto*,—decíase Chinto,—un *Rigoletto* moderno.

Y al asistir desde el palco del Club á la representación de esta ópera y llorar con los dolores de su compañero el bufón, si algún socio descubría el llanto y con la insensibilidad propia de los señoritos ociosos delatábalo en són de broma á los contertulios y todos le armaban gresca, lo declaraban ebrio ó le ofrecían pañuelos, Chinto resistía la necia borrasca; era quizá el único espectador que se compenetraba con la pieza, tachada de inverosímil.

¡Inverosímil!, pensaba Chinto; y alzándose de hombros, murmuraba:

—¿Acaso no cabe la inverosimilitud mayor dentro de un corazón que sufre y ama?.....